ALONSO CUETO

Francisca

Princesa del Perú

RANDOM HOUSE

CAPÍTULO 1

«A quien dices tu secreto, das tu libertad».
Fernando de Rojas. *La Celestina*

Lima, 1539-1540

¿Cuándo empieza una vida? ¿Empieza cuando somos concebidos? ¿Cuando salimos del vientre y descubrimos el resplandor del mundo? ¿Cuando nos damos cuenta de quiénes son nuestros padres? ¿Cuando los vamos dejando y aprendemos a cultivar una luz propia? ¿El instante en el que miramos por primera vez el rostro de un difunto? ¿Siempre? ¿Una vida está empezando siempre? Creo que ahora que estoy a punto de morirme, también estoy empezando mi vida.

Pero una de las primeras veces que mi vida empezó fue ese día en una calle cerca de la plaza principal de la Ciudad de los Reyes, cuando yo era una niña.

Yo iba con mi aya Catalina y, al dar la vuelta, percibí una sombra lenta que avanzaba por la calle. Era una mujer de pelo largo.

Nos estaba siguiendo. No dejaba de mirarnos. Esto es lo primero que veo.

Sí. La veo, la escucho, el cuerpo erguido, los murmullos altos, el velo largo y negro, tan cerca.

Esa mañana caminando por las calles de barro de Lima. Esa mañana con las gentes que avanzaban en dirección contraria. El paso lento y las caras humedecidas por el aire. Los trajes oscuros, las botas de hebilla, los sombreros anchos. Los ponchos, los harapos, los pies desnudos. La brisa hecha de polvo. Las cabezas tristes y obedientes de las mulas.

Me pongo a temblar como si el frío gris siguiera conmigo. Había otra gente cerca. Pero solo esa mujer parecía existir de

veras, una figura sola, mirándonos. No sé si había dicho algo, pero podía sentir su luz.

Me detuve. Di media vuelta.

La vi de frente.

Alta, firme, la túnica de colores, el cabello disuelto. Esa peineta. Y esos ojos duros, como estrellas.

—Vamos, Francisca. No te distraigas.

Era la voz de mi aya Catalina y debía obedecer, al menos en ese instante. Seguí caminando por la calle de tierra. La pared de la iglesia estaba cerca. Por un momento pensé en entrar allí y refugiarme.

Entonces me detuve. Había un silencio nuevo en la calle.

—Vamos, vamos.

Catalina insistía. Ya sería la hora de la comida y doña Inés nos estaba esperando en casa.

—Tenemos que hacer mucha oración, hija. No te detengas.

Para tratar de no pensar en la mujer que nos seguía, le pregunté a Catalina qué íbamos a comer.

—Bueno, pues. Asado de carne en hojas aromáticas, hervido con agua y yerbas. Esta es tu chillona, y el ajiaco con papas, o sea, el lokro que le dicen, y para mañana pescado troceado y marinado en chicha. No te puedes quejar, Francisca.

Pero yo en realidad no podía pensar en lo que íbamos a comer. Había escuchado mi nombre.

La voz de esa mujer.

Francisca, Francisca.

Me detuve otra vez.

La figura se acercaba. El pie firme, el traje oscuro, la cabeza en alto, la cabellera esparcida. Parecía estar de luto.

Me di cuenta. ¿Era posible?

Tenía que irme de allí. No la podía seguir viendo.

El temblor en las piernas no me dejaba avanzar.

—Vamos —dijo Catalina—. Vamos.

Entonces eché a correr. Sentí que el viento me secaba la piel.

Catalina me alcanzó. Me adelanté otra vez. Llegué a la casa antes que ella.

Doña Inés estaba en la puerta, esperándonos.

—¿Qué os pasa?

—Nada, nada.

Entramos a la casa.

Fui corriendo a echarme agua en la cara. Al voltear vi a doña Inés.

Yo había pensado que ella era mi madre. Alguna vez le había dicho «mamá».

—Buenos días, doña Inés —dijo Catalina a mi lado.

—Buenos días. Estabais yendo muy aprisa. ¿Pasa algo?

Catalina se quedó callada. Yo no me atrevía a hablar.

—Hemos corrido por diversión —dijo Catalina.

—No os creo, Catalina. Se os ve muy agitada.

—Lo siento, doña Inés.

—Pero si preferís no contarme, pues ateneos a lo que ocurra. Y tú —dijo, mirando hacia mí—. Sois apenas una niña. No os pongáis a pensar mucho.

Doña Inés se limpió algunas manchas de polvo en la túnica, nos miró brevemente y desapareció hacia la huerta.

—No os demoréis que tenemos mucho trabajo —alcanzó a decir—. El trabajo es una bendición de Dios.

★

Sí. El trabajo es una bendición de Dios.

Las sílabas fuertes prosperan y se expanden y se quedan fijas en el aire cuando surgen de una boca como la de doña Inés Muñoz.

Inés Muñoz. Doña Inés Muñoz.

La dama de negro y blanco, con mantilla, que parecía tan distante y, sin embargo, por algún motivo, por entonces siempre estaba tan cerca. Desde hacía algún tiempo, doña Inés Muñoz estaba a mi lado y nos hablaba de Dios, de la templanza y las oraciones. Sí, Francisca. Sí, mi niña. Pensad en la elevación hacia Dios. Y para ello debes conocer la belleza del mundo que refleja la belleza divina: la poesía, la música y la danza.

—Dime, Catalina.

—Sí, hija.

—Inés Muñoz no es mi madre, ¿verdad? La mujer que vimos hoy. Ella es mi madre. ¿No es así?

Catalina se quedó en silencio.

*

Esa noche, Inés nos preguntó:

—¿Habéis ido a la iglesia?

—Sí, doña Inés.

—¿Y habéis pedido por vos, por Catalina, por vuestro padre, por nosotros y por el reino de España?

—Sí, doña Inés.

—¿Y también por el reino de Nueva Castilla, del Perú y todos sus habitantes?

—Sí, doña Inés.

Pareció calmarse.

—Voy a buscar a mi esposo Martín. Rezad vuestras oraciones.

De pronto el mismo Martín de Alcántara entró a la sala. Su cara larga, sus ojos fijos y severos, su traje negro.

—¿De dónde vienes con esa pinta, Martín? —dijo Inés—. Estáis muy sucio, mi señor.

Martín volteó hacia su esposa.

—He estado trabajando con la gente del convento de Natividad de Nuestra Señora. El capitán Francisco Becerra ha donado su solar.

—¿Lo ha donado?

—Ha donado su solar y seis mil pesos para construir el convento. Lo están construyendo ya. Es la primera obra de lo que vamos a hacer. Que todos en esta tierra crean en el único Dios. Por eso estamos aquí.

—¿De qué está hecho el convento? —preguntó Inés.

—Es de madera. Y allí están los mercedarios. Los grandes adelantados de la religión católica. Estuvieron aquí antes que

el marqués. Antes que nosotros. Algún día los restos del capitán Becerra van a descansar en esa iglesia que será de La Merced. El convento lo ha fundado un fraile de rostro bondadoso, Fray Miguel de Orenes, que viene de Cuenca. Y ya tenemos seis iglesias en el nuevo reino, fijaos.

—¿Seis, de veras seis?

—Seis, os lo digo. Seis iglesias. La de los Reyes, o sea de aquí de Lima. Y también Cusco, Trujillo, San Miguel de Piura, Portoviejo y San Juan de la Frontera de Huamanga. Loado sea el Señor.

Inés observaba a su esposo.

—Pues qué bueno que se haga algo por los reinos de los cielos porque en el reino de la tierra, todo está muy inestable.

—¿Por qué decís eso? —dijo Martín.

—Cómo no os dais cuenta. Cambiamos de alcalde a cada momento —dijo Inés—. Ahora Domingo de la Presa. Luego cualquier otro. ¿Quién vendrá ahora?

—Bueno, pero eso es lo normal. ¿Pasa algo más?

—No. Nada. ¿No os basta con eso?

Martín murmuró algunas palabras y se retiró.

—En verdad creo que Martín tiene razón. Mientras Dios nos ilumine, no va a pasar nada —dijo Inés.

Seguimos rezando juntas. Pero en vez de una oración yo creo que pensaba en otras cosas.

¿Pasa algo, Francisca? Nada, nada.

Vosotras estáis preocupadas por los alcaldes y por Dios. Por ahora yo solo pienso en esa mujer que me sigue por la calle y que dice mi nombre. Eso es lo que pasa.

Y yo no había querido mirarla de frente. No hacía falta. Ya sabía quién era esa mujer. Había reconocido su voz. Le había oído decir mi nombre. Era la misma voz de los arrullos y de las canciones. El rostro de un pasado que me hacía latir el corazón. Era ella.

★

Era ella, pero estábamos nosotras. En esa casa, como en todas, vivíamos unidas por nuestros secretos. Estábamos acostumbradas a ocultarnos algo. Todas lo sabíamos. En ese momento, yo le ocultaba a doña Inés que una mujer me había seguido por la calle pronunciando mi nombre. Doña Inés le ocultaba a su esposo algunas novedades sobre las intrigas de los almagristas contra nuestra familia. Catalina nos ocultaba a todas que visitaba a su hijo, el clérigo, de vez en cuando.

Pero Inés no ocultaba su amor venerable y mesurado por Martín.

Mi tío don Martín de Alcántara González era el hermano de Francisco Pizarro, mi famoso padre. Los dos eran hijos de Francisca González y, como hermano suyo, en Lima, Martín siempre estaba en peligro. Doña Inés debía proteger a su esposo. Era necesario después de todo lo que habían pasado.

Yo ya sabía que en el camino al Perú, Inés y Martín habían perdido a sus dos hijos y que habían tomado esas muertes con la templanza que requerían los asuntos de Dios. Al día siguiente de ver los cuerpos de sus hijos arrojados al mar, doña Inés había fregado la cubierta del barco, junto a los marineros. Ella ya sabía que, si prolongaba los hábitos del rezo, el trabajo y las lecturas, podía hacerse con la costumbre de un mundo sin sus niños. Martín sabía que, si se entregaba a la causa de los Pizarro, iba a defender el heroico nombre de la familia, y que los bienes de la inmortalidad alcanzarían a los hijos ausentes.

Y yo sabía que, si Inés Muñoz sentía algún cariño por mí, iba a encargarse de mi educación en esa casa. Sabía que su severidad le aconsejaba no mostrar ese cariño. Sabía que había concentrado todas sus energías de madre postiza en mí. Sabía que ella buscaba compensar las derrotas de esta vida, ofreciendo su dolor a la divina piedad. Yo era la hija a la que se había aferrado. Acogerme en sus telas blancas era su modo de protegerse de las alas de la muerte.

Mi pequeño hermano Gonzalo, también acogido por doña Inés, estaba aún muy pequeño para entender todo eso.

Yo se lo iba a explicar algún día. Aunque creo que yo misma era tan niña por entonces que tampoco entendía bien.

Pero los recuerdos de mi verdadera madre estaban allí. Las canciones, las caricias, los besos, las palabras. Sabía que Inés Muñoz no era realmente mi madre. Inés tan honrada, áspera, dura y generosa... La quería, le tenía gratitud. Conocía bien su rostro. Pero el otro rostro traspasaba todas las líneas y se encontraba conmigo en el corazón.

Por lo demás, la vida impulsaba su rutina con nosotras. Cuando mi padre estaba en Lima pasábamos algunos días con él en su casa, pero cuando vivíamos en la nuestra, yo apenas lo veía. Yo prefería esta otra casa en Lima, donde estaba ahora, sin él.

Era una casa de adobe, cubierta de esteras tejidas de carrizos. La madera era dura, de mangles. Tenía una portada rectangular. Estaba muy cerca del lugar donde se iba construyendo el convento de La Merced. Doña Inés Muñoz me guiaba en los rezos, me ordenaba hacer trabajos en la huerta, me había conseguido un clavicordio que yo tocaba todos los días, buscando en sus notas graves y sagradas el resplandor de los cielos. Y además me aconsejaba seguir con sus ejercicios de danza. Y me estaba enseñando a leer algunos salmos.

Me había enseñado todo menos una verdad esencial. Ella no era mi madre, ¿verdad, Catalina?

Eso lo tendrás que ir sabiendo, me había contestado mi aya.

Me quedé callada un momento.

—Tengo que verla —le dije a Catalina.

Me miró. Los ojos abiertos, la boca dura, una voz congelada.

—¿A esa mujer? Ni se te ocurra.

★

Ese mediodía comimos juntas y en silencio. Tomábamos trozos de pan, queso y granadillas. Ya nos lo habían repetido muchas veces. Antes se había comido siempre el pan de maíz, pero doña Inés había traído el pan de trigo a nuestra casa.

—¿Me vais a decir qué os ocurre, Catalina?

Mi aya la observó. Era una de las pocas veces que la había visto así.

—Esa mujer nos ha estado siguiendo en la calle —dijo Catalina por fin.

—¿Qué mujer?

—Esa mujer —dijo Catalina—. La misma que vos imagináis.

Yo sentí un vacío helado.

—Ya veo —dijo Inés.

En ese momento bajó la cabeza. Me di cuenta de que había esperado esa noticia.

—Bueno, entonces vamos a rezar —agregó—. Vamos a hablarle a Dios y a lo mejor, si somos pacientes y silenciosos, vamos a escuchar su voz.

—Sí, doña Inés —dijo Catalina.

—Estamos en esta tierra porque Dios lo decidió y podemos irnos cuando Él también lo decida. Pero tenemos que vivir bajo su ley.

—Sí, señora —dije.

—Estaremos más seguros, en paz. Ten en cuenta siempre eso, Francisca. Y vas a estar bien. Vamos a estar bien todos —dijo, alzando el brazo—. Estamos viviendo un tiempo nunca antes visto. El de la expansión de la palabra de Dios a esta hermosa tierra.

La voz avanzaba, como cortando el aire. Doña Inés me asustaba. Y sin embargo algo en ella me hacía sentirme protegida.

★

Hoy que escribo por encima de los ruidos que llegan desde las calles de Madrid, sigo escuchando esa voz de doña Inés. Sus acentos claros y secos. Sus silencios de severidad prolongada. El trazo de una espada blanca sobre mi rostro. No se enfadaba ni se violentaba cuando veía una amenaza cerca. Nos hablaba con una música fluida que subrayaba sus palabras. La aprendida fortaleza y la antigua misericordia se mezclaban en ella.

En ese momento me miraba con la determinación de sus ojos negros.

—Por ahora tenéis que pensar que soy tu madre, Francisca. Soy tu madre y la madre de Gonzalo. Y tu padre Francisco, el gran conquistador.

—Sí, doña Inés.

Yo estaba tan cerca que podía ver el fondo claro en sus ojos.

Me sentía aliviada. La niebla de la ciudad parecía brillar.

—Voy a guiaros por la senda del Señor y protegeros del demonio. Ahora vamos a rezar juntas y luego vamos a trabajar en la huerta, agradeciéndole al Dios Padre.

—Sí, doña Inés.

Martín de Alcántara volvió a aparecer. El bigote largo y la barba frondosa. Era tan serio, pero tenía un aspecto risueño entre las firmezas de su rostro.

Iba a tener que marcharse pronto, nos anunció. Iría otra vez al sitio del convento de la Natividad. El ayuno lo había alimentado hasta esa hora del día.

—En la construcción del convento hay muchos indios trabajando —dijo Martín, antes de dirigirse a la puerta—. Todos con el favor de Dios. Esta es una tierra bendecida.

—¿Vos también creéis en eso, doña Inés? —le dije al quedarnos solas.

Doña Inés me miró.

—Es verdad. El reino de Perú es una tierra bendecida. Me doy cuenta por la buena pinta de los nativos. Me doy cuenta por su alimentación. Tenemos aquí carne de llama, y también el pan de maíz que hemos reemplazado por el de trigo, y además esos frutos de la tierra que aquí son las papas. Los nativos tienen todavía una gran flota con la que recogen abundante pescado y lo preparan a trozos, cocido con tumbo. Y el timpu, que significa «hervir», es el gran plato con papa, zanahoria blanca y chalona, que hemos heredado de ellos y que se parece al puchero. Y tenemos maravillas aquí como el achiote, un gran cosmético que actúa como un rubor de la

piel. Y cura todos los dolores y es un saborizante para todas las comidas. Y esa fruta preciosa, la lúcuma, la fruta de oro como la llaman. Hay tantas cosas aquí. Se puede usar la harina grumosa del algarrobo para hacer pan. Se pueden aprovechar las hierbas aromáticas, el pescado, las frutas. Pero no hay uvas ni limón ni trigo ni olivos ni manzanas. Por eso ya los hemos traído. Por eso don Francisco de Carabantes ha hecho un viñedo en un lugar llamado Tacama, que es el primero en todas estas tierras. Pero también aquí en Lima, incluso antes, se plantaron viñas. Tendremos aceitunas. Y vino. Y ganado para la leche. Vamos a traerlos aquí, porque así la vida será mejor. Mejor para todos. Para los nacidos en esta tierra y para los que vinimos. Ya Catalina lo sabe. Con ella estamos ordenando las cosas que veréis siempre en nuestra mesa. Vamos a empezar un nuevo tiempo ahora. Con las iglesias alzadas al cielo y los campos excavando hacia al fondo de la tierra. Así será con la gracia de Dios.

Como si estuviera tratando de dejar la palabra divina en el aire para que flotara durante un tiempo, doña Inés se quedó callada. Sus ojos apuntaban a un espacio lejano. Estaban mirando algo que nosotras no veíamos.

—Así será si lo decís, doña Inés.

Me quedé en silencio.

★

Al mediodía habíamos terminado con el trabajo de la huerta. Los sonidos de la calle traspasaban las paredes de adobe y quincha. En la ventana podía oírse gritos de aves, anuncios de vendedores, y el trote de caballos. Nosotras tratábamos de hacer una muralla de oraciones y pensamientos propios. Dios mío, protégenos. Señor de la Misericordia, en Ti nos encomendamos.

Martín de Alcántara entró.

—He venido un momento. Tengo que ir a la Casa de Gobierno a hablar con el marqués —dijo.

Me puse de pie.

—Saludad a mi padre —le pedí.

Me miró fijamente.

—Además hay algunas novedades —agregó.

—Qué —dijo doña Inés a su lado.

—Don Pedro de Valdivia va a la conquista de Chile. Va al sur con unos cuantos soldados. El marqués lo ha autorizado.

—Pues vaya lo que le espera. ¿Y le ha dado dinero?

—No. Se las tiene que arreglar por su cuenta. Pero Valdivia lo va a lograr. Va a dominar a los mapuches. Es un hombre muy determinado. Y más determinada la mujer que lo acompaña, Inés Suárez.

—Todas las de ese nombre tenemos un espíritu guerrero en la sangre.

Martín de Alcántara asintió.

—Pero como todo es incierto, no es el único conquistador —le dijo—. Un soldado llamado Sancho de la Hoz va con él.

—Difícil aventura —dijo doña Inés—. Cuando se junta más de uno, asoma la traición. Es la historia de aquí y de todos lados.

—Pues sí.

Martín se tomó la espalda.

—¿Estáis bien? —preguntó doña Inés.

—Unos dolores aquí. Lo de siempre —dijo Martín de Alcántara—. Ya pasará.

—No penséis que va a pasar, Martín. Id a ver a don Hernando de Sepúlveda. Ya sabéis que ha sido licenciado por el cabildo de Lima. Id a verlo, no tardéis.

Martín dijo algunas frases sobre el clima, invocó a Dios todopoderoso y salió.

Las tres nos quedamos gozando por un instante del silencio de una casa de mujeres devotas. Nos arrodillamos a rezar.

Ese día, me sumergí en la oración. Sentí el soplo dulce de esos recuerdos, una mano que me acariciaba la mejilla, unas palabras en un idioma de suaves erres, un rostro de amor engastado en un quebradero de líneas. Un llanto, una voz, un largo vacío.

Debía saber de dónde me venían esos recuerdos. Debía hablar con alguien.

Empecé a rezar con más fuerza. Señor mío, ayúdame. Señor de la misericordia, ampárame. No hay otro Dios... ¿Qué será de nosotras? ¿Por qué tengo tantas voces en mi cuerpo? ¿Tú me lo puedes decir?

★

Los días siguientes prolongamos las labores usuales. Trabajar mucho en la huerta. Rezar, tocar el clavicordio, bailar un poco. Leer los pasajes de la Biblia.

Hubo una mañana de sol húmedo cuando rezamos con todas nuestras fuerzas. Atravesábamos la casa con nuestros murmullos. Habíamos entrelazado las manos. Estábamos seguras de que Dios se había detenido a escucharnos. Queríamos que siguiera allí, prestando atención a nuestra piedad. Agradecidas, atentas, suplicantes. Las manos dobladas, los ojos alzados en la niebla, los susurros sosteniendo el aire. Todo bajo la dirección de doña Inés. Sí, mejor seguir con las instrucciones de doña Inés Muñoz. Seguir con todo y tener cerca a nuestro Señor. Y a nuestra Señora.

Me sentía en un estado de éxtasis pasajero. Rezamos el Ave María dos veces. Luego el Padre Nuestro. Rezamos el rosario. Los misterios gozosos. La Encarnación, la Visitación, el Nacimiento. Luego nos santiguamos. Muy bien, hija. Muy bien.

Nos sentamos frente a la mesa de madera. Allí estaban revoloteando las preguntas que yo misma me hacía en silencio.

—Con la remesa de granos esta noche haremos la olla podrida —dijo Inés—. Garbanzos, judías, chorizos, para hacernos fuertes ante Dios. También haremos un almácigo y allí brotan las espigas y luego los granos de trigo.

Y en todo momento, antes y durante ese silencio de estar juntos, yo siempre pensando en Dios, y agradeciendo los dones. Volando entre neblinas, atravesando el aire líquido y denso: las calles de tierra y las nubes bajas, el misterioso

esplendor del gris, la voz de la mujer que me había seguido. Y la sensación que me recorría la sangre. Esa sensación que crecía en mi cuerpo y se concretaba en una certeza.

Esa mujer que me seguía y me llamaba por la calle. ¿Podía enfrentarla?

★

En ese instante, una brisa sostenida se colaba por las ventanas. Vi una palidez rígida en la cara de doña Inés y de todos los sirvientes.

Yo sabía del miedo por lo que ocurría. El miedo de los españoles y de los indios, el miedo de los almagristas y de los pizarristas, el miedo de los curas, los soldados, los vendedores en las esquinas, el miedo en los ojos esquivos, en los pasos cautelosos, en el polvo acumulado de una pared.

Los vientos movían la neblina desde las costas en dirección a nosotras.

Doña Inés estaba colocada en el centro de esa marea de vientos, deteniéndolos con los muros de su cuerpo estirado, absorbiendo las ansiedades de todas las gentes a su alrededor. Mi padre me protegía. Mi aya me protegía. Pero en el primer baluarte de esa muralla se alzaba el rostro duro de Inés Muñoz. Porque doña Inés Muñoz conocía los embates del mundo de afuera. Porque me había educado para que la fe sirviera de guía y de amparo. Porque sabía que solo las personas creyentes podían encontrar la fuerza para sostener las corrientes del mundo. Porque era la cuñada de mi padre y estaba casada con su medio hermano, el buen Martín de Alcántara, que era un fiel servidor del marqués. Porque mi padre le había encargado a Inés Muñoz que me criara, que me protegiera, que me hiciera rezar. Porque le había encargado que yo fuera una española católica y no la hija de una princesa inca. Porque Inés Muñoz esperaba que yo me convirtiera en una niña seria y en una mujer firme, temerosa solo de Dios. Una niña española, no una princesa del imperio.

Tienes que agradecerme, Francisca, que te lleve al camino del bien. Es así, realmente.

Pero yo me daba cuenta de que no era así. Me había visto. No me parecía a Catalina. Tampoco a doña Inés Muñoz. Yo tenía la piel más oscura. Otras facciones, otras líneas, otra cara. Mi piel se parecía a la de esa mujer que me seguía en la calle, pronunciando mi nombre. Ese fantasma de carne que me seguía en la calle y que me llamaba. En esa voz, «Francisca, Francisca», me hacía volver a ella. Esa mujer, mi verdadera madre.